



CAPITULO LVIII

Del reinado de doña Urraca.

Á la sazón que falleció D. Alonso, rey de Castilla, doña Urraca, su hija, á quien por derecho venia el reino, estaba ausente en compañía de su marido, que no se fiaba de todo punto de las voluntades de los grandes de Castilla: sabia bien le fueron contrarios, y procuraron desbaratar aquel casamiento: no queria meterse entre ellos, si no era acompañado de buen número de los suyos para todo lo que pudiese suceder, además que diversos negocios de su reino le entretenian para que no tomase posesion del nuevo y muy ancho reino que heredaba. Todas las cosas empero se enderezaban á la majestad del nuevo señorío: templábanse en los deleites, las deshonestidades de la reina con disimulacion se tapaban y cubrian: en que no sin grave mengua suya y de su marido andaba más suelta de lo que sufría el estado de su persona. Pusiéronse en las ciudades y castillos guarniciones de aragoneses, todo con intento que los castellanos no se pudiesen mover ni intentar cosas nuevas: verdad es que á Peranzules, por tener grandes alianzas con entrambas naciones, en el entretanto se le encomió el gobierno de Castilla. Él tenía todo el cuidado universal, y gobernaba todas las cosas así las de la guerra como las de la paz: por sus consejos y prudencia parecia que todo se

encaminaba bien. El poder no le duró mucho: la reina, mujer recia de condicion y brava, luégo que llegó á Castilla (que su marido la envió delante), al que fuera razon tener en lugar de padre, le maltrató á sin razon, quitóle el gobierno, y juntamente le despojó de su estado propio. No hay cosa más deleznable que la gracia de los príncipes; más presto acuden á satisfacerse de sus desgustos, que á pagar los servicios que les han hecho.

La ocasion que tomó para hacer este desaguisado, no fué más de que en sus letras daba á D. Alonso su marido título de rey de Castilla. Esto se decia en público; la verdad era que á la reina pesaba de haberse casado, porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término; y como yo sospecho no podía sufrir las reprensiones que aquel varon gravísimo le daba por sus mal encubiertas deshonestidades. Esto dolía, aunque se tomó otra capa. Pesóle al rey que varon tan señalado fuese maltratado: que su inocencia y virtudes, por que se le debía ántes galardon, fuesen tan mal recompensadas: restituyóle el estado que le habia sido quitado y sus pueblos y hacienda. Él, por temer la ira de la reina, se retiró al condado de Urgel, cuyo gobierno, como queda dicho, tenía á su cargo. Estos fueron

principios de grandes alteraciones, y no podian las cosas estar sosegadas en tanta diversidad de voluntades y deseos, en especial estando la reina tan desabrida y viviendo con tanta libertad.

Del Andalucía se movió nueva guerra, y nuevo peligro sobrevino. Fué así que Hali, rey moro, avisado de la muerte del rey D. Alonso, como quitado el freno, entró por tierras de cristianos feroz y espantoso: llegó hasta Toledo, y cerca dél, en los ojos, y á vista de los ciudadanos, abatió el castillo de Azeca y el monasterio de San Servando. Los campos y alquerías humeaban con el fuego, que todo lo abrasaba. Pasó tan adelante, que puso sitio sobre la misma ciudad, y por espacio de ocho dias la combatió con toda suerte de ingenios. Libróla de aquel peligro su sitio fuerte y una nueva muralla que el rey D. Alonso á lo más bajo de la ciudad dejó levantada: demas desto el esfuerzo de Alvar Fañez, varon en aquel tiempo muy poderoso y muy diestro en las armas, cuyo sepulcro se ve hoy dia en el campo Sicuendense, que es parte de la Celtiberia, en que tenía el señorío de muchos pueblos. Los moros, perdida la esperanza de apoderarse de aquella ciudad, á la vuelta que dieron á sus tierras saquearon á Madrid y á Talavera, y les abatieron los muros: de todas partes llevaron grande presa y despojos. El rey de Aragon hacia prósperamente en sus tierras la guerra á los moros; ganó á Ejea, pueblo principal de Navarra, el año mil y ciento y diez. Demas desto, cerca de Valterra, venció en batalla á Abuhasalem, que se llamaba rey de Zaragoza.

Hechas estas cosas, D. Alonso, á ejemplo de su suegro, se llamó emperador de España, título que, si se mira la anchura del señorío que tenía, no parece fuera de propósito, por ser á la sazón el más poderoso de los reyes que España despues de su destruccion habia tenido; pero imprudentemente, por tomar ocasion para aquel ditado del señorío ajeno y poco durable: en fin, ordenadas las cosas de Aragon vino á Castilla el año siguiente, en que con afabilidad y clemencia procuraba conquistar la voluntad de los naturales. Él por sí mismo oía los pleitos y hacia justicia, amparaba las viudas, huérfanos

y pobres, para que los más poderosos no les hiciesen agravio. Honraba á los señores y acrecentábalos conforme á los méritos de cada cual, adornaba y enriquecia el reino de todas las maneras que él podia. Por este camino los vasallos se le aficionaban; sólo el endurecido corazon de la reina no se domeñaba. Dió orden como se poblasen Villorado, Berlanga, Soria, Almazan, pueblos yermos y abatidos por causa de las guerras. Dió la vuelta á Aragon, con intento, pues todo le sucedia prósperamente, de hacer la guerra de nuevo y con mayor atuendo á los moros. Sabia bien que debemos ayudarnos de la fama y de las ocasiones que se presentan, y que conforme á los principios sucede lo demas, cuando las cosas en Castilla se alteraron en muy mala sazón.

D. Alonso era pariente de doña Urraca, su mujer, en tercero grado de parte de padres, ca fué bisabuelo de ambos D. Sanchó el Mayor, rey de Navarra. No estaba áun por este tiempo introducida la costumbre que por dispensacion de los papas se pudiesen casar los deudos; y así consideramos que diversos casamientos de príncipes se apartaron muchas veces como ilegítimos y ilícitos por este sólo respeto. Esta causa pienso yo hizo que este rey D. Alonso no se contase en el número de los reyes de Castilla acerca los escritores antiguos; que no es justo con nuevas opiniones alterar lo que antiguamente tenían recebido y asentado, como lo hacen los que cuentan á este rey por seteno deste nombre entre los de Castilla, como quier que ningun derecho ni título pudo tener sobre aquel reino por quedar legítimo heredero del primer matrimonio, y ser el segundo ninguno contra las leyes eclesiásticas. Los desgustos pasaron tan adelante, que la reina por su mala vida y torpe fué puesta en prision en el castillo llamado Castellar, de que con ayuda de los suyos salió y se volvió á Castilla; no halló la acogida que cuidaba, ántes de nuevo los grandes la enviaron á su marido, y él la tornó á poner en la cárcel.

En este medio los señores de Galicia, do se criaba D. Alonso, hijo de doña Urraca, y por el testamento de su abuelo tenía el mando, hacian juntas y ligas entre sí para desbaratar lo que



los aragoneses pretendian. Holgaban en particular haber hallado ocasion de apartar y disminuir aquel casamiento desgraciado, que contra la voluntad de la nobleza y injustamente se hizo. Ponian por esta causa escrúpulos al pueblo: decian no ser lícito obedecer al que no era legítimo rey. Enviaron una embajada á Pascual Segundo, pontífice romano, en que le daban cuenta de todo lo que pasaba. Ganaron dél un breve, en que cometió el conocimiento de la causa á D. Diego Gelmirez, obispo de Santiago, un pedazo del cual pareció se podia engerir en este lugar: «Pascual, siervo de los siervos de Dios, al venerable hermano Diego, obispo compostellano, salud y apostólica bendicion. Para esto ordenó el Omnipotente Dios que presidiese á su pueblo, para que corrija sus pecados y anuncie la voluntad del Señor. Procura, pues, segun las fuerzas que Dios te da, corregir con conveniente castigo tan grande maldad de incesto que ha cometido la hija del rey, para que desista de tan gran presuncion, ó sea privada de la comunión de la Iglesia y del señorío seglar.»

Que hayan establecido los jueces señalados para remediar, ó por decir mejor, para castigar aquel exceso, no hay dello memoria; sólo consta que desde aquel tiempo el rey D. Alonso comenzó á tener acedia y embravecerse contra los obispos. El de Búrgos y el de Leon fueron echados de sus iglesias, el de Palencia preso, el abad de Sahagun despojado de aquella dignidad, y en su lugar puesto fray Ramiro, hermano del rey, por su nombramiento y con su ayuda. D. Fernando, arzobispo de Toledo, fué forzado á andar desterrado dos años fuera de su diócesi, no obstante la majestad sacrosanta y autoridad que representaba de legado apostólico y de primado de España. En el cual tiempo juntó y tuvo el concilio palentino, cuya copia se conserva hasta hoy, y el legionense con otros obispos y grandes; en particular se halló en estas juntas presente D. Diego Gelmirez, el de Santiago. Todos andaban con cuidado de sosegar y pacificar la provincia, porque las armas de Aragon y de Navarra se movian contra los gallegos, en que tomaron por fuerza el castillo de Monterroso. Verdad es que á instan-

cia y persuasion de varones santos que se interpusieron, se apartó el rey de Aragon desta demanda y desistió de las armas. Todo procedia arrebatada y tumultuariamente, sin considerar lo que las leyes permitian: los unos y los otros buscaban ayuda para salir con su intento. Á los castellanos y gallegos se les hacia de mal ser gobernados por los aragoneses. El rey de Aragon pretendia á derecho ó á tuerto conservar el reino de que se apoderara. Los que hacian resistencia eran echados de sus dignidades, despojados de sus bienes.

Los gallegos, pasado aquel primer miedo, hicieron liga con D. Enrique, conde de Portugal. Pasaron con esto tan adelante, que si bien el infante D. Alonso era de pequeña edad, le alzaron por rey. En Compostella, en la iglesia Mayor, se hizo el auto: ungióle con el olio sagrado el prelado D. Diego Gelmirez: ceremonia desusada en aquel reino, pero á propósito de dar más autoridad á lo que hicieron. Pedro, conde de Trava, ayo de D. Alonso, fué el principal movedor de todas estas tramadas. Alteró mucho esta nueva y este hecho al rey de Aragon: hizo divorcio con la reina, y con tanto la dejó libre y la soltó de Soria, en cuyo castillo la tenía arrestada. Sin embargo, atraído de la dulzura del mandar, no dejaba el señorío que en dote tenía; demasía que á todos parecia mal. Los gobernadores de las ciudades y castillos, como no les soltase el homenaje que le tenían hecho, quitado el escrúpulo y la obligacion, á cada paso se pasaban á la reina y le juraban fidelidad. Lo mismo hizo Peranzules, varon de aprobadas costumbres, y no obstante que todos aprobaban lo que hizo, cuidadoso de la fe que ántes dió al rey de Aragon, se fué para él con un dogal al cuello para que, puesto que imprudentemente se habia obligado á quien no debiera, le castigase por el homenaje que le quebrantara en entregar los castillos que dél tenía en guarda.

Alteróse al principio el rey con aquel espectáculo: despues, amonestado de los suyos que en lo uno y en lo otro aquel caballero cumplia muy bien con lo que debia, y que no le debia empecer su lealtad, al fin, con mucha humanidad que le mostró y con palabras muy hon-



radas, le perdonó aquella ofensa. Los demas grandes de toda Castilla se comunaban y ligaban por la salud y libertad de la patria, aparejados á padecer ántes cualquier afan y menoscabo, que sufrir el señorío y gobierno aragoneses. D. Gomez, conde de Candespina, el que ántes pretendió casar con la reina, y entónces por estar en la flor de su edad tenía más cabida con ella de lo que sufría la majestad real y la honestidad de mujer, se ofrecia el primero de todos á defender la tierra y hacer la guerra á los de Aragon: blasonaba ántes del peligro. D. Pedro, conde de Lara, su competidor en los amores de la reina, tenía el segundo lugar en autoridad y poderío. Discordes los capitanes, ni la paz pública se podia conservar, ni hacerse la guerra como convenia. D. Alonso, rey de Aragon, con un grueso ejército que juntó de los suyos, se metió en Castilla por la parte de Soria y de Osma, do se tendian antiguamente los arevacos. Acudieron á la defensa los grandes y ricos hombres y el ejército de Castilla. Asentaron los unos y los otros sus reales cerca de Sepúlveda.

Resueltos de encontrarse, ordenaron las hacedas en esta forma: la vanguardia de los castellanos regia el conde de Lara, la retaguardia el conde D. Gomez: el cuerpo de la batalla gobernaban otros grandes. El rey de Aragon formó un escuadron cuadrado de toda su gente. Dióse la señal de arremeter y cerrar. En el campo llamado de la Espina se trabó la pelea, que fué de las más nombradas de aquel tiempo. El conde de Lara, como quier que no pudiese sufrir el primer ímpetu y carga de los contrarios, volvió las espaldas y se huyó á Búrgos, do la reina se hallaba con cuidado del suceso: hombre no ménos afeminado que cobarde, D. Gomez, con algo mayor ánimo sufrió sólo la fuerza de los enemigos y peso de la batalla; y desbaratados los suyos, murió él mismo noblemente sin volver las espaldas: esta postrera muestra dió de su esfuerzo. Ni fué de menor constancia un caballero de la casa de Olea, alférez de D. Gomez, que como lo hobiesen muerto el caballo y cortado las manos, abrazado el estandarte con los brazos, y á voces repitiendo muchas veces el nombre de Olea, cayó muerto

de muchas heridas que le dieron. D. Enrique, conde de Portugal, más por odio de la torpeza de la reina, que por aprobar la causa del rey D. Alonso, desamparado el partido de Castilla, se juntara con los aragoneses: ayuda que fué de gran momento para alcanzar la victoria. La confianza que destes principios los aragoneses cobraron fué tan grande, que pasado el rio Duero, por tierra de Palencia llegaron hasta Leon. Los campos, pueblos, aldeas, eran maltratados con todo el mal y daño que hacer podian.

Los principales de Galicia se rehicieron de fuerzas, determinados de probar otra vez la suerte de la batalla. Pelearon con todo su poder en un lugar entre Leon y Astorga, llamado Fuente de Culebras. Sucedió la batalla de la misma manera que la pasada, prósperamente á los aragoneses, al contrario á los castellanos. Fué preso en la pelea D. Pedro, conde de Trava, persona de grande autoridad y poder, y que estaba casado con una hija de Armengol, conde de Urgel, llamada doña Mayor. El mozo rey D. Alonso no se halló en esta pelea, que el obispo D. Diego Gelmirez le sacó de aquel peligro y puso en parte segura: perdida la jornada, se fué al castillo de Orsilon, do estaba la reina su madre. Ninguna batalla en aquella era fué más señalada ni más memorable que ésta, por el daño y estrago que della resultó á Castilla. Las ciudades de Nájara, Búrgos, Palencia, Leon se rindieron al vencedor; sin embargo, por no tener dinero para pagar los soldados, por consejo del conde de Portugal metió la mano en los tesoros de los templos, que fué grave exceso, y áun le fué muy mal contado. San Isidro y otros santos con graves castigos que dél tomaron adelante, vengaron aquella injuria; juntóse el odio del pueblo y palabras con que murmuraban de aquella libertad; decian que merecian ser severamente castigados los que metieron mano en los vasos sagrados y tesoros de las iglesias. La verdad es que desde este tiempo de repente se trocó la fortuna de la guerra.

Trabajaron los aragoneses, primero el reino de Toledo, despues pasaron á cercar la ciudad de Astorga, porque fueron avisados que la rei-



na con toda su gente se aparejaba para hacer la guerra por aquella parte.

Traía Martín Muñon al rey de Aragon trescientos caballos aragoneses de socorro; cayó en una emboscada de enemigos, que le pararon, en que muertos y huidos los demas, él mesmo fué preso. El rey, movido por este daño, y con miedo de mayor peligro por el poco número de gente que tenía á causa de los muchos que eran muertos, y por estar los demas repartidos en las guarniciones de los pueblos que ganára, se retiró á Carrion confiado en la fortificacion de aquella plaza. Allí fué cercado de los enemigos por algun tiempo, hasta que el abad Clusense, enviado por el pontífice para componer aquellas diferencias, con su venida alcanzó de los de la reina treguas de algunos días, y no mucho despues que se levantase el cerco. Los soldados de Castilla asimismo, como levantados y juntados arrebatadamente, y sin concierto y capitan á quien todos reconociesen, ni sabian las cosas de la milicia, ni los podian retener en los reales largo tiempo.

Pasado este peligro, las armas de Aragon revolviéron contra la casa de Lara, contra sus pueblos y castillos. Por otra parte, las gentes de la reina con un largo cerco que tuvieron sobre el castillo de Búrgos, se apoderaron dél y echaron dende la guarnicion que tenía de aragoneses. El conde D. Pedro de Lara, como pretendiese casar con la reina, y se tratase no de otra suerte que si fuera rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenía alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban. Andaban su nombre y el de la reina puestos afrentosamente en cantares y coplas. Pasó tan adelante esto, que en el castillo de Mansilla fué preso y puesto á recado por Gutierre Fernandez de Castro. Soltóse de la prision; pero fué forzoso, por no asegurarse de los de Castilla que tanto le aborrecian, huirse muy léjos y no parar hasta Barcelona. Fué hijo de D. Diego Ordoñez, el que retó á Zamora sobre la muerte del rey D. Sancho, y sobre el caso hizo campo con los tres hijos de Arias Gonzalo.

Despues desto el infante D. Alonso, ya rey

de Galicia, con gran voluntad de todos los estados fué alzado por rey de Castilla. Érale necesario recobrar por las armas el reino, que halló dividido en tres parcialidades y bandos; no ménos tenía que hacer contra su madre que contra el padrastró, ni ménos dolor ella recibió que su marido, de que su hijo hobiese sido alzado por rey, por tener entendido que en su acrecentamiento consistía la caída de ambos; juicio en que no se engañaban. Doña Urraca, por miedo de la indignacion de su hijo y por verse aborrecida de los suyos, determinó fortificarse en el castillo de Leon, confiada que por ser muy fuerte podria en él mantener el nombre de la reina y la dignidad real, sin embargo del odio grande que el pueblo la tenía. Pero como quier que el hijo se pusiese sobre aquel castillo, se concertaron que la reina dejase á su hijo el reino, dádole con gran voluntad de los grandes y del pueblo, y á ellas se lasen rentas con que pudiesen pasar.

La razon de los tiempos no se puede fácilmente señalar á cada cual destas cosas por la diversidad que hay de opiniones: es maravilla en cosas no muy antiguas cuán á tienta parecen andan los escritores, que hace ser muy dificultoso determinar la verdad, tanto que aún no se sabe en qué año murió la reina doña Urraca; los más dicen que como diez y siete años despues de la muerte de su padre: la verdad es que en tanto que vivió tuvo poca cuenta con la honestidad. Algunos afirman que en el castillo de Saldaña falleció de parto, gran mengua y afrenta de España. Otros dicen que en Leon, tomado que hobo los tesoros de San Isidro, que no era lícito tocarlos, reventó en el mismo umbral del templo, manifesto castigo de Dios. Méno probabilidad tiene cierta habiilla que anda entre gente vulgar, es á saber, que de la reina y del conde de Candespina nació un hijo por nombre D. Fernando, al cual por su nacimiento, y ser bastardo, llamaron Hurtado. Añaden otrosí, que fué principio del linaje que en España usa deste apellido, en nobleza muy ilustre, poderoso en rentas y en vasallos.

CAPITULO LIX

De la guerra de Mallorca.

Destá manera procedian las cosas en Castilla en el tiempo que á los moros de Mallorca y de Zaragoza acometieron las armas de muchas naciones que contra ellos se juntaron. Habia fallecido Giberto, conde de la Proenza y de Aymillan, en Francia: dejó á doña Dulce, su hija, por heredera. D. Ramon Berenguel, conde de Barcelona, marido de doña Dulce, príncipe poderoso y de grande señorío por lo que ántes tenía, y por aquel estado de su suegro que por su muerte heredó tan principal, determinó con las fuerzas de ambas naciones apoderarse de las Islas Baleares, que son Mallorca y Menorca, desde donde los moros, ejercitados en ser corsarios, hacian robos y correrías en las riberas de España, que está cercana, y tambien de Francia. Para llevar adelante este intento tenía necesidad de una gruesa y grande armada. Juntó en sus riberas la que pudo: principio de donde las armas de los catalanes comenzaron á ser famosas por la mar, cuyos señores por algun tiempo fueron con gran interer y fama. Pero como su armada no fuese bastante, él mismo pasó en persona á Génova y á Pisa, ciudades en aquella sazón poderosas por la mar. Convidóles á hacerle compañía en aquella guerra que trataba: púsoles delante los premios de la victoria, la inmortalidad del

nombre, si por su esfuerzo los bárbaros fuesen echados de aquellas islas, de do como de un castillo roquero amenazaban y hacian daño á las tierras de los cristianos. Prometiéronle soldados y naves, y enviáronlos al tiempo señalado.

Juntados estos socorros con el ejército de los catalanes, pasaron á las islas. Fué la guerra brava, y dificultosa y larga, porque los moros, desconfiados de sus fuerzas, con astucia alzadas las vituallas, y tomados los pasos, parte se fortificaron en los pueblos y castillos, parte se enriscaron en los montes sin querer meterse al peligro de la batalla. Consideraban los varios y dudosos trances que traen consigo las guerras, y que los enemigos se podrian quebrantar con la falta de lo necesario, con enfermedades, con la tardanza: cosas que de ordinario suelen sobrevenir á los soldados. La constancia de los nuestros venció todas las dificultades; y la ciudad principal, por fuerza, y á escala vista se entró en la isla de Mallorca, el año mil ciento quince. Murió en aquella jornada Raimundo ó Ramon, prelado de Barcelona. Sucedió en su lugar Oldegario, al cual poco despues, por muerte de Berengario, arzobispo de Tarragona, pasaron á aquella iglesia. Ganada la ciudad, parecia seria fácil lo



que restaba de conquistar. En esto vino aviso que los moros en tierra firme, quier con intento de robar, quier por forzar al conde, se retirasen de las islas, con gente que echaron en tierra de Barcelona, habian henchido toda aquella comarca de miedo, temblor y lloro, tanto que sitiaron la misma ciudad.

Esta nueva puso en grande cuidado al conde sobre lo que debía hacer, y en mucha duda: por una parte el temor de perder lo suyo, por otra el deseo de concluir aquella guerra, le aquejaban y traian en balanzas; venció, empero, el miedo del peligro y los ruegos de los suyos. Dejó encargadas las islas á los ginoveses, y él pasó á tierra firme. Los bárbaros sin dilacion alzaron el cerco: siguiéronlos, vencieronlos, y desbarataronlos cerca de Martorell; fué la pelea más á manera de escaramuza y de tropel, que ordenadas las haces. La alegría desta victoria hicieron que fuese menor dos incomodidades: la una, que los ginoveses con el oro que les dieron los moros, se partieron de las islas y se las dejaron, como afirman los escritores catalanes, que en las historias de los ginoveses ninguna mencion hay desta jornada; la otra, que en la Galia Narbonense se perdió la ciudad de Carcasona. Poco ántes deste tiempo, Athon se apoderó de aquella ciudad sin otro derecho más de la fuerza. Era en su gobierno cruel y feroz. Movidos desto los ciudadanos, se conjuraron contra él, y echado, restituyeron el señorío de la ciudad al conde de Barcelona, cuya era de tiempo antiguo, como ántes queda mostrado. Athon, con el ayuda de Guillen, conde de Potiers, forzó á los ciudadanos que se le rindiesen. Rugerio, hijo mayor de Athon, entrado que hobo en la ciudad, hizo que todos rindiesen las armas: como obedeciesen y las dejasen, mandólos á todos matar.

La crueldad que en los miserables se ejerció, fué extraordinaria con toda muestra de fiereza y soberbia inhumana. Muchos que pudieron salvarse, se fueron á Barcelona. Á ruego dellos, el conde Ramon Arnaldo Berenguel con ejército se metió por la Francia. Pusieronse de por medio varones buenos y santos: pesábales que las fuerzas deste buen príncipe con aquella guerra civil se divirtiesen de la guerra sagra-

da. Concertóse la paz desta manera: que lo que Athon habia prometido á Guillen, conde de Potiers, de serle él y sus descendientes sus feudatarios, mudado el concierto, poseyesen aquella ciudad, pero como en feudo de los condes de Barcelona. Fué este Guillen conde de Potiers hombre que procuraba ocasion de aumentar su señorío, trabar unas guerras de otras, aunque fuesen con daño ajeno, sin ningun cuidado de lo que era honesto y de la fama. As despues que Ramon, conde de Tolosa, partió á la guerra de la Tierra Santa, como arriba queda dicho, se apoderó con las armas de todo lo que aquel príncipe tenia en Francia; hombre desapoderado, y que no temia á Dios ni los juicios de los hombres.

Beltran, hijo de D. Ramon, por este tiempo, despues de gastados tantos años en la guerra, desde la Tierra Santa en que tenia el señorío del Tripol, y en cuyo cerco le mataron á su padre con una saeta que del adarve le tiraron, dió la vuelta á su patria. No tenia esperanza que el de Potiers vendria en lo que era razon. Comenzó á tratar con los príncipes comarcanos cómo podria recobrar el antiguo estado de su padre. En los demas no halló ayuda bastante. Acordó acudir á D. Alonso, rey de Aragon, de cuyas proezas y virtudes se decian grandes cosas; demas que la amistad trabada de tiempo atras entre aquellas dos casas y el deudo le obligaba á no desamparalle. ¡Qué grande maldad! El que perdido su padre y la flor de su edad en la guerra sagrada, tan léjos de su patria se pusiera á tantos trabajos y peligros, sin embargo, despojado de su tierra y de su estado fué forzado á pedir ayuda, y acudir y hacer recurso á la misericordia de otros. Recibióle aquel rey benignamente en Barbastro. Allí tuvieron su acuerdo, y el conde se hizo feudatario de Aragon por los estados de Rodes, de Agde ó Agathense, de Cahors, de Albi, de Narbona y de Tolosa, y de otras ciudades comarcanas á las sobredichas, á tal empero que por las armas de Aragon él y sus descendientes fuesen restituidos y amparados en los estados de que estaban despojados.

Hízose esta avenencia el año del Señor de mil ciento diez y seis, bien que D. Beltran no



fué restituido á causa que el poder de los condes de Potiers era grande, y las fuerzas de Aragon estaban divididas parte en la guerra civil contra Castilla, parte en la que con mejor acuerdo se hacia contra los moros. Verdad es que pasados algunos años D. Alonso Jordan, hermano de D. Beltran, del castillo de Tolosa en que le tenia preso el conde de Potiers, fué por aquellos ciudadanos sacado para hacerle señor de aquella ciudad, y echado della por fuerza Guillen Morello, que tenia aquel gobierno por el dicho conde Potiers. Los descendientes de

D. Alonso fueron su hijo Raimundo ó Ramon, su nieto Raimundo, y su bisnieto, y tatarañeto, que se llamaron tambien Raimundos, y tuvieron el señorío de aquella ciudad hasta tanto que Juana, hija del postrer Raimundo, por falta de varones, casó con Alonso, conde de Potiers. Deste casamiento no quedó sucesion alguna; por donde S. Luis, rey de Francia, hermano del dicho conde Potiers, por su muerte juntó con lo demas de su reino los estados y condados de Potiers y de Tolosa, segun que en el casamiento de aquella señora lo capitularan.